

Embajador en Italia, la FAO y el PMA

Tras años de encontrarme en situación de disponibilidad, el 2002 fui nombrado Embajador en Italia y Representante en la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y Alimentación FAO y el Programa Mundial de Alimentos PMA. También era Representante ante el Instituto Ítalo Latino Americano. La idea de pasar un tiempo en Italia era fascinante por innumerables razones. Roma y centenares de ciudades y pueblos son repositorios de milenios de cultura, con las más extraordinarias realizaciones en materia de urbanismo, arquitectura, arte, cultura y también de un grato estilo de vida.

Nos instalamos en el excelente departamento de más de 400 metros que alquilaba la Embajada en una magnífica zona. La renta era muy razonable en comparación con los precios de Roma, porque a la distinguida y riquísima dama propietaria le agradaba la idea que sirviera para residencia de la Embajada del Perú. Ciertamente es que necesitaba algunos trabajos de pintura, tapizado y otros que, en función de la modestia de la renta, hubiéramos tenido que atender con un costo sumamente razonable. Lamenté enterarme más adelante que, por razones que desconozco, habíamos dejado ese magnífico local.

La tarea era muy satisfactoria, pues además de la rica relación bilateral con Italia, la representación en esos organismos internacionales era importante. Similar situación viví una década antes como Embajador en Francia y Representante en la UNESCO. En ambos casos, al igual que en los cinco años en Naciones Unidas en Nueva York, me encantó el trabajo multilateral.

La relación con Italia, por muchas razones, era de muy buena calidad y ofrecía interesantes posibilidades que podían trabajarse, tanto en lo político, por el restablecimiento de la democracia en el Perú, cuanto en la parte de inversiones, comercio y actividades culturales. Además, ya entonces residían en Italia decenas de millares de compatriotas cuyas necesidades eran atendidas no con pocas dificultades por nuestros consulados, tanto por la modestia de los recursos cuanto de los complicados problemas que a veces planteaban, incluyendo lamentablemente cuestiones delictivas. Otro inconveniente real, era una muy compleja situación del personal administrativo de la Embajada, que limitaba mucho las posibilidades de acción.

Por el contrario, el personal diplomático era de gran calidad. El Ministro Roberto Seminario fue muy competente y eficaz segundo y Jefe de Cancillería. En los temas de FAO y del Programa mundial de Alimentos, el Secretario Miguel Barreto, se manejaba con singular eficiencia. Años después inició una expectante carrera en el PMA. Los Secretarios Oswaldo del Águila, Pablo Cisneros y Carlos Manchego tuvieron también comportamientos impecables.

Como nada es perfecto, la FAO era en aquel tiempo un organismo bastante complicado y su Director General, persona amable pero ambiciosa, encontraba muchos cuestionamientos a su actuación. Interesado en renovar sus mandatos, visitaba regularmente a países en desarrollo, en los cuales además de las tareas propias de su cargo, encontraba la manera de ganarse la disposición de las autoridades para sus propósitos. Debe entenderse que no todos los países

tienen adecuada comunicación ni concertación entre la sede de sus gobiernos y sus representaciones en el extranjero. En este caso, ello permitía que el Director General gestionara personalmente con no pocos gobernantes los apoyos a su reelección.

Al interior del grupo latinoamericano se consideró que, tras una serie de Directores Generales provenientes de otras regiones, era oportuno y pertinente que se escogiera a alguien de la nuestra. Lamentablemente, fue desagradable verificar que algunos representantes en el grupo, concedores de los compromisos de sus autoridades con el Director General, se negaban incluso a que el asunto se mencionara, lo cual mostraba una de nuestras debilidades latinoamericanas; cómo se puede advertir también en otras circunstancias que confirman la dificultad de alcanzar acuerdos y la facilidad con que se incumplen. Pero, aun así, en todos estos organismos internacionales fue siempre interesante involucrarse en sus asuntos y tratar de llegar a algunos acuerdos que favorecieran a los países en desarrollo y particularmente al nuestro.

En lo personal, fue muy grato utilizar algún tiempo libre para conocer una fracción de los innumerables monumentos, museos y la antigüedad y belleza de toda la ciudad. Caminar el trecho de la residencia hasta la Via Véneto atravesando el maravilloso parque de la Villa Borghese y su extraordinario museo, hasta el Café de París y ojear el magnífico International Herald Tribune de ese entonces, con un cappuccino en la mano, era sumamente grato. Lamentablemente, permanecimos poco tiempo en Italia pues debí retornar a Lima por cuestiones internas del Ministerio que, en su momento, concluyeron como correspondía. Igual, el recuerdo de nuestra estadía en Roma sigue siendo magnífico.